La variación lingüística del vocativo en el lenguaje juvenil madrileño

Fien De Latte y Renata Enghels
Ghent University

This paper investigates the formal and functional variation of the vocative in contemporary Spanish teenage talk. For this purpose, all vocative occurrences found in conversations between teenagers in the *Corpus Oral de Madrid-2016* are analyzed. The vocative is known to be highly productive in Spanish teenage talk, on both formal and functional levels. First, we provide the inventory of vocative forms used by Madrilenian teenagers, examine their origin and describe their semantic-pragmatic features, with special attention for the nominal vocative expressions used as symbols of in-group identity. The second part disentangles the pragmatic-discursive functions assumed by these forms, by taking into account the vocative's multifunctionality. Teenagers tend to use vocatives as a phatic mechanism which allows them to control the contact with their interlocutor(s).

Keywords: vocative, Spanish, teenage talk, corpus linguistics, sociolinguistics

1. Introducción

Desde sus inicios, la sociolingüística ha considerado el parámetro 'edad' relevante para el estudio de la variación lingüística. Pese a que entre los distintos grupos etarios, es el modo de hablar de los jóvenes el que más llama la atención, esta variedad sociolingüística ha quedado por mucho tiempo fuera del interés de los lingüistas (Zimmermann, 2002). Solo en las últimas décadas, el lenguaje juvenil ha ganado más prestigio, convirtiéndose así en uno de los objetos de estudio preferidos de los sociolingüistas (Jørgensen, 2008). Con el término 'lenguaje juvenil' nos referimos al "conjunto de rasgos lingüísticos presentes en las manifestaciones lingüísticas de los jóvenes, producidas de forma oral, en situaciones coloquiales informales" (Herrero, 2002, p. 68).

https://doi.org/10.1075/rro.18011.del | Published online: 11 September 2019
Revue Romane issn 0035-3906 | e-issn 1600-0811 © John Benjamins Publishing Company

El auge del interés por el lenguaje juvenil se explica por tres motivos: primero, la actitud antinormativista de los jóvenes explica por qué su variedad lingüística constituye una de las variantes menos afectadas por la norma lingüística. Desde siempre, los jóvenes buscan distanciarse de la cultura vigente y cultivan un cierto tipo de 'contracultura' que afecta evidentemente también su idioma (Rodríguez, 2002, p.30). Así, mediante el uso de formas y estructuras lingüísticas particulares, los jóvenes hablantes, amantes del cambio y de la experimentación lingüística, se aseguran de una identidad grupal, constituida de un estilo de vida y de pensar común, la cual les proporciona aún más complicidad y solidaridad (Zimmermann, 2002; Jørgensen & Martínez, 2007). Segundo, se supone que los jóvenes desempeñan un papel decisivo en el cambio lingüístico, puesto que muchas innovaciones surgidas en el habla adolescente se introducen en la lengua general y terminan por formar parte de la norma lingüística vigente. De tal forma, los jóvenes funcionan como catalizadores del cambio lingüístico e influyen en la evolución de la lengua estándar (Enghels & Roels, 2017; Rodríguez, 2002; Zimmermann, 2002). Tercero, gracias a su presencia y su rol clave en la cultura general (basta mencionar su influencia en los medios de comunicación), los jóvenes han adquirido más prestigio como grupo social y se han convertido en modelos de conducta para los demás (Briz, 2003; Jørgensen, 2008). Este prestigio explica por qué, de su parte, muchos adultos buscan 'rejuvenecerse' mediante la imitación de expresiones lingüísticas tomadas del lenguaje adolescente (Zimmermann, 2002, p.144). Esta actitud refuerza la alta velocidad con la que se introducen los cambios en el lenguaje juvenil. Es decir, los jóvenes se ven obligados a reaccionar contra este tipo de imitación para salvaguardar el símbolo de su identidad de grupo, generando así un movimiento cíclico de acción-reacción-acción (Briz, 2003). Esta tendencia muestra que los jóvenes no intentan contribuir a la evolución de la lengua estándar, sino que se crean una variedad lingüística propia como símbolo de su identidad, originada y propulsada por una fuerte actitud antinormativista (Zimmermann, 2002).

Entre los recursos lingüísticos preferidos por los jóvenes hablantes, como por ejemplo el uso excesivo de marcadores del discurso como *sabes* (Azofra & Enghels, 2017) o *en plan* (Stenström, 2008), la frecuente incorporación de estrategias de intensificación (exclusivas) como *mazo* (Enghels & Roels, 2017) o de voces intensificadas como *mogollón*, *que lo flipas* (Briz, 2001), el empleo de expresiones tabú como *joder* o *puta* (Stenström, 2008, 2014), se destaca el uso abundante de expresiones vocativas como por ejemplo *tío/tía*, *tronco/tronca*, o *chaval/chavala*. Los siguientes ejemplos (1), extraídos de una conversación entre adolescentes madrileños, ilustran la alta productividad del vocativo, tanto desde el punto de vista de su frecuencia de uso como en el plano formal:

(1) a. AM2M3: Uu, aquí hay que venir una vez a la semana *chaval*.
b. AM2M4: *Tío* no lo van a usar, *tío*, hazme caso. No van a usarlo, *palomo*.
c. AM2F1: Tienes que ir a hacer un boceto, *tú*.
d. AM2M4: Dice que estás retrasado. *Gilipollas*.
e. AM2F2: *Cabrón*. (CORMA-2016)[1]

Con el término *vocativo* nos referimos a las expresiones lingüísticas cuya función prototípica consiste en llamar la atención del interlocutor al que va dirigido el mensaje. No obstante, a esta función básica se suman varios otros usos discursivos, determinados por el contexto (Edeso Natalías, 2005). Por tanto, el vocativo se define como una categoría polifuncional, o mejor dicho, como una macrofunción lingüística (Bañón, 1993; Cuenca, 2004; Edeso Natalías, 2005; Kleinknecht, 2013). Desde el punto de vista sintáctico, el vocativo se suele analizar como elemento extrapredicativo. Prueba de su estatus extraoracional son su carácter opcional y su libertad posicional (Alonso-Cortés, 1999; Bañón, 1993). Efectivamente, como ilustran los siguientes ejemplos, el vocativo puede omitirse sin provocar cambios en el significado de la oración (2a) y ocupa varias posiciones en el enunciado (2b):

(2) AM2F3: Tú estás tonto, *chico*, que cuando te duermen no te enteras de na'. (CORMA)
a. Tú estás tonto, que cuando te duermen no te enteras de na'.
b. *Chico*, tú estás tonto, que cuando te duermen no te enteras de na'. / Tú estás tonto, *chico*, que cuando te duermen no te enteras de na'. / Tú estás tonto, que cuando te duermen no te enteras de na', *chico*.

Mediante el uso de una expresión vocativa, marca explícita del receptor en el discurso, el hablante no solo se dirige directamente a su interlocutor, sino que también se posiciona abiertamente ante él, de manera que el vocativo define inevitablemente la relación social entre los interactuantes (Alonso-Cortés, 1999; Cuenca, 2004). No sorprende, por tanto, que los vocativos constituyan uno de los principales mecanismos de cortesía verbal, definida como el conjunto de estrategias verbales disponibles a los hablantes para encarrilar las buenas relaciones durante un intercambio lingüístico (Alonso-Cortés, 1999; Edeso Natalías, 2005). En el análisis empírico (cf. *infra* Sección 3.2.), se estudiará con más detalle el uso del vocativo como estrategia de cortesía en el lenguaje juvenil.

En castellano, como en la mayoría de las lenguas del mundo, las funciones vocativas se asumen por varias clases nominales (Alonso-Cortés, 1999; Edeso Natalías, 2005; Sonnenhauser & Aziz Hanna, 2013). Así, el hispanohablante puede recurrir a nombres propios *(Sofía, Juan)*, formas nominales y adjetivales *(chico,*

1. Todos los ejemplos citados a continuación se han extraído del CORMA-2016. Para más información sobre este corpus, véase la Sección 2.

guapa), títulos *(señor, don)* y los pronombres de tratamiento (in)formal *(tú, usted)* para dirigirse al interlocutor (De Latte & Enghels, 2018). Ahora bien, resulta especialmente interesante el estudio de los vocativos en el lenguaje juvenil, puesto que los jóvenes españoles exhiben un uso abundante y creativo de estos elementos altamente interactivos. Un estudio contrastivo realizado por Stenström y Jørgensen (2008) ha puesto en evidencia que los jóvenes madrileños recurren cinco veces más frecuentemente a una expresión vocativa que los adolescentes londinenses. Además, y como será mostrado en este artículo, los jóvenes 'crean' sus propios términos de tratamiento, sobre todo nominales, interpretados como marcas de la pertenencia al grupo juvenil. Ahora bien, a pesar de su abundancia y riqueza formal en el discurso de los jóvenes, faltan estudios sistemáticos sobre los vocativos en el habla juvenil. Así, la mayoría de los estudios anteriores enfocan una forma vocativa particular, como *tío* (Jørgensen, 2008), *tronco* (Jørgensen & Martínez, 2009), o *chaval* (Rishøi Hedemann, 2010), sin tomar en consideración la amplia variedad formal de los vocativos en el lenguaje juvenil español, al igual que su polifuncionalidad en el discurso.

El propósito del presente estudio es doble. Primero, se presenta el inventario de las formas vocativas utilizadas en las conversaciones informales entre jóvenes (intragrupales) y se describirán sus propiedades semántico-pragmáticas. Segundo, nos proponemos determinar las funciones discursivas que cumplen estas formas en el discurso, teniendo en cuenta el estilo comunicativo particular de los jóvenes (Jørgensen, 2013; Stenström, 2008). De acuerdo con estos objetivos, el presente trabajo se desarrolla en tres fases. La Sección 2 proporciona más información sobre la constitución del corpus y el método de investigación. La Sección 3 se dedica al análisis detallado de las ocurrencias del vocativo en el habla adolescente madrileña, tanto en el plano formal como funcional, sin perder de vista los rasgos caracterizadores de la comunicación entre jóvenes.

2. Corpus y metodología

El presente análisis se basa en datos extraídos del *Corpus Oral de Madrid* – 2016 (CORMA, Enghels *et al.*, en preparación), que recopila 59 conversaciones de tono informal entre hablantes madrileños, realizadas en diferentes ámbitos comunicativos. Las conversaciones se caracterizan por la igualdad entre los participantes, el ámbito discursivo familiar, la temática no especializada, la ausencia de planificación, y la finalidad interpersonal del acto comunicativo, de manera que se consideran conversaciones coloquiales prototípicas (Briz, 2001, p. 51). Varios autores han puesto en evidencia que el estudio del vocativo debe realizarse a partir de muestras de la comunicación oral, puesto que suele ubicar al hablante y al oyente

en un contexto comunicativo común. Está claro que esta copresencia del hablante y del oyente impulsa el uso de las expresiones vocativas, a diferencia de la comunicación escrita, marcada por una distancia espacio-temporal entre los participantes (Cuenca, 2004; Jørgensen, 2013; Kleinknecht, 2013). Se ha escogido estudiar la variedad capitalina dado que, gracias al prestigio del que suele gozar la lengua de la capital, se asume que las metrópolis constituyen los principales propulsores del cambio lingüístico, de donde tienden a difundirse las innovaciones lingüísticas hacia la periferia (Jørgensen, 2013). Por tanto, es de suponer que la variedad madrileña presenta los usos más variables e innovadores del vocativo. Con el fin de comprobar esta hipótesis, sería interesante comparar los datos madrileños con datos procedentes de otras regiones peninsulares. Desafortunadamente, por razones de espacio, no es posible incluir tal análisis comparativo en este trabajo.

El muestreo contiene un total de 210 ocurrencias extraídas de conversaciones mantenidas exclusivamente entre jóvenes amigos, entre 19 y 22 años. Participan en estas conversaciones adolescentes masculinos y femeninos, pertenecientes a diferentes clases sociales, de manera que analizamos datos sociolingüísticamente variados. Más en concreto, en las conversaciones analizadas participan en total 17 hablantes. Aunque los chicos constituyen la mayoría ($n=12$; 70,6%), también participan chicas ($n=5$; 29,4%). Luego, de acuerdo con clasificaciones sociolingüísticas generales, hemos clasificado los participantes en la clase baja ($n=7$; 41,2%), la clase media ($n=3$; 17,7%), o alta ($n=5$; 29,4%), tomando en cuenta diferentes parámetros socioculturales, como el nivel de escolaridad, la profesión y el valor de vivienda del hablante, entre otros factores (Blas Arroyo, 2005; Díaz-Campos & Newall, 2014).[2] Los ejemplos se han coleccionado a partir de la lectura detenida de las conversaciones intragrupales presentes en el corpus. En las secciones siguientes, se llevará a cabo el análisis formal y funcional de las ocurrencias encontradas.

3. La variación formal y funcional del vocativo en el lenguaje de los adolescentes madrileños

3.1 Variación formal

3.1.1 *Variación formal del vocativo en el español general*

Como se ha mencionado antes (cf. *supra* Sección 1.), el hispanohablante dispone de un amplio abanico de expresiones susceptibles de cumplir funciones vocativas

2. Para dos participantes (11,8%) resulta imposible determinar su nivel sociocultural.

en el discurso. El Cuadro 1 resume las diferentes clases de palabras, fuentes del vocativo en castellano:

Cuadro 1. Variación categorial en español (De Latte & Enghels, 2018)

Categoría	Subtipo	Ejemplos
nombre propio	nombre de pila	*Dolores, Gonzalo*
	patronímico	*Ramírez, López*
	nombre de pila + patronímico	*Gonzalo López*
	hipocorístico	*Pepa, Gon, Gonzalito*
	apodo	*Flaco, Gordo*
nombre común	relación de parentesco	*mamá/papá, abuelo/a*
	relación solidaria/afectiva	*guapo, tío, cariño*
	edad	*chico, joven, viejo*
	profesión	*chófer, profesor*
	sexo	*hombre, mujer*
título		*señor, don*
pronombre personal		*tú, usted*

Por su alta productividad en el español coloquial, en todas sus variedades geolectales, merecen especial atención los vocativos derivados de nombres comunes, también conocidos como formas de tratamiento nominales y adjetivales (Helincks, 2016). A pesar de su gran variedad formal, es posible clasificarlas en dos subcategorías: la primera recoge los vocativos que señalan explícitamente la naturaleza de la relación entre los participantes, como la de parentesco (3a), una relación afectiva (3b), o solidaria (3c). La segunda incluye expresiones que designan rasgos clasificadores exclusivos del oyente como su edad (4a), profesión (4b) o sexo (4c) (Cuenca, 2004; Alonso-Cortés, 1999; Edeso Natalías, 2005):

(3) a. 3F1: Dásela *mamá* y ahora te doy un trozo de la suya.
b. 4F1: Mira siéntate aquí *cariño*.
c. AM4M9: No lo pienses *compañero.*

(4) a. 4F1: *Mi niña*, lo que más quiero yo.[3]
b. CON4F20: Gracias, *profesora*.
c. 4F1: No porque eso se tiene que aprender *mujer*.

Resultan especialmente productivos en el registro coloquial los vocativos que expresan una relación solidaria y/o afectiva entre los interlocutores como *guapo,*

3. Nótese que los vocativos no admiten la presencia de determinantes. Llevan excepcionalmente un determinante posesivo, ante o pospuesto: *mi niña, hijo mío* (Alonso-Cortés, 1999).

mi amor, mi cielo, amigo etc. (Alonso-Cortés, 1999; Edeso Natalías, 2005; Kleinknecht, 2013). Igualmente, los vocativos que se refieren a la edad del oyente pueden perder su valor referencial cuando se dirigen a un interlocutor adulto. En estos contextos, se cargan de un valor afectivo y señalan una relación solidaria entre los interactantes (Cuenca, 2004). En la misma línea de ideas, los vocativos que aluden al sexo del interlocutor (*hombre, mujer*) restringen su uso a contextos marcados por una relación cercana y solidaria entre los interlocutores, incluyéndose por tanto en la subcategoría de los vocativos solidarios (Briz, 2012). Todas estas formas tienen en común la pérdida más o menos avanzada de su significado original y de sus propiedades morfosintácticas. De ahí que varios autores identifiquen los cambios semántico-pragmáticos experimentados por estas unidades léxicas como un proceso de gramaticalización, definida como un proceso lingüístico en el que voces léxicas adquieren funciones gramaticales, o en el que partículas gramaticales desarrollan nuevas funciones gramaticales en detrimento de su significado referencial originario (Cuenca, 2004; Garachana, 1999). No obstante, los vocativos derivados de un nombre común no han desarrollado funciones gramaticales, ya que no cumplen una función sintáctica dentro de la predicación, sino funciones pragmático-discursivas, relacionadas con el control del contacto interpersonal.

Se ha propuesto la *pragmaticalización* (Diewald, 2011) como alternativa de la gramaticalización con el fin de describir fenómenos de cambio lingüístico en los que no se observa el desarrollo de funciones gramaticales sino de valores discursivos. Así, la *pragmaticalización* se define en términos generales como un proceso mediante el cual surgen los marcadores del discurso. Las voces pragmaticalizadas – o en vía de pragmaticalización – comparten con los elementos gramaticalizados el debilitamiento de su significado referencial original, al igual que la pérdida de su variabilidad morfosintáctica.[4] A modo de ilustración, las formas de parentesco como *tío/tía* o *hijo/hija* se han convertido en marcas de proximidad y camaradería a consecuencia de un proceso de pragmaticalización (Cuenca, 2004; Stenström, 2008):

(5) a. 4F1: Pues me alegro me alegro mucho que tú que así lo sea *hija*.
b. AM2F1: Tú, ve ahí *tía*.

En (5a), el vocativo *hija* se dirige a un oyente con el que el hablante no tiene ninguna relación de parentesco. La forma ha perdido su significado original y sus

4. Ahora bien, cabe subrayar que la descripción de la pragmaticalización se relaciona claramente con la de la gramaticalización, de modo que no sería correcto delimitar ambos conceptos como teorías separadas. Más vale considerarlos como conceptos complementarios o considerar la pragmaticalización como un tipo particular de gramaticalización (Heine, 2013).

propiedades morfosintácticas de sustantivo a favor de la adopción de los valores semántico-pragmáticos de solidaridad, confianza y familiaridad. Este cambio también se observa en *tío/tía*, expresión productiva en el lenguaje juvenil peninsular (Briz, 2012; Jørgensen, 2008; Stenström, 2008). Así, en (5b), *tía* se usa como vocativo entre amigas, señalando la solidaridad entre los hablantes, pertenecientes al mismo grupo adolescente (Landone, 2009; Rishøi Hedemann, 2010). En la sección siguiente, estudiaremos con más detalle las formas vocativas utilizadas por los jóvenes madrileños, al igual que sus propiedades semántico-pragmáticas.

3.1.2 *Variación formal del vocativo en el lenguaje juvenil madrileño*

Los resultados del Cuadro 2 dan a conocer que los vocativos utilizados por los adolescentes madrileños se acomodan a la variedad formal general del vocativo en español:

Cuadro 2. Variación formal de los vocativos en el lenguaje juvenil

Categoría	Subcategoría	Ejemplo	#	%
nombre propio	forma normal	*Jabato, Blanca Isabel, Diana, Álvaro*	23	11
	apellido	*Reverte*	1	0.5
	hipocorístico	*Jabáter (aumentativo), Isa/Adri (abreviado)*	4	1.9
	Subtotal		**28**	**13.3**
nombre común	relación social	*tío, tronco, chaval* etc.	127	60.5
	edad	*chico*	7	3.3
	sexo	*hombre**	5	2.4
	Subtotal		**139**	**66.2**
título	forma normal	*señor*	1	0.5
	diminutivo	*señorito*	1	0.5
	aumentativo	*señorao*	1	0.5
	título (inglés) + nombre propio	*Leidi Mari*	1	0.5
	Subtotal		**4**	**1.9**
pronombre		*tú*	**39**	**18.6**
Total			**210**	**100**

* Varios autores confirman el carácter complejo de esta forma y la categorizan como marcador discursivo (Cuenca & Torres Vilatarsana, 2008; Stenström, 2008; Briz, 2012). No obstante, los ejemplos muestran que conserva propiedades vocativas. Se comentará el uso de *hombre* y otras formas particulares a lo largo de este artículo (cf. *infra* 3.1.2.).

Pese a que el banco de datos ofrece ocurrencias de cada categoría formal, salta a la vista la frecuencia abrumadora de las formas de tratamiento derivadas de un

nombre común ($n = 139$; 66,2%). Dentro de esta subcategoría, son los vocativos que señalan la relación interpersonal los que se documentan más frecuentemente ($n = 127$; 60,5%). Resulta especialmente interesante estudiar estas formas solidarias/afectivas, puesto que los adolescentes, en su afán de distanciarse de la cultura y lengua general, crean sus propios términos para apelarse el uno al otro, como por ejemplo *tronco* (Jørgensen & Martínez, 2007; Zimmermann, 2002).

El Cuadro 3 proporciona todas las formas de tratamiento nominales y adjetivales encontradas en el corpus, distinguiendo entre expresiones tabú y no tabú, con sus variantes morfológicas y su frecuencia de uso:[5]

Cuadro 3. Las formas de tratamiento nominales y adjetivales contenidas en el corpus

Vocativos no tabú	#	%	Variantes morfológicas	#	%	Vocativos tabú	#	%	Total #	Total %
tío	86	61.9	***tía***	1	0.7	*cabrón*	6	4.3		
chaval	8	5.8	*chavales*	12	8.6	*gilipollas*	1	0.7		
			chavalaos	1	0.7	*hijo de puta*	1	0.7		
			chavalotes	1	0.7	*pendejo**	1	0.7		
chico	5	3.6	***chicos***	2	1.4	*pendejito*	1	0.7		
hombre	5	3.6								
tronco	2	1.4								
guapos	1	0.7								
hermosos	1	0.7								
bonitos	1	0.7								
palomo	1	0.7								
pibo	1	0.7								
tonto	1	0.7								
Subtotal	**112**	**80.6**	**Subtotal**	**17**	**12.2**	**Subtotal**	**10**	**7.2**	**139**	**100**

* *Pendejo*, o en su forma diminutiva *pendejito*, es una palabra tabú de uso frecuente en varios países latinoamericanos.

Como marcas de la pertenencia al grupo y muestras de afecto, proximidad y camaradería, estos vocativos estrechan los lazos de solidaridad y complicidad entre los interlocutores y contribuyen a mantener el equilibrio social durante una conversación. Funcionan por tanto como estrategia de cortesía verbal.[6]

5. Conviene señalar que las formas en negrita no son exclusivas del lenguaje juvenil, puesto que también son utilizadas por parte de hablantes adultos en el CORMA.

6. Como ha sugerido un revisor atento, el corpus proporciona algunas formas particulares (cf. Cuadros 2 y 3), como *Leidi Mari*, un vocativo idiosincrásico, *palomo*, referido a la homosexualidad masculina, u otras formas que se registran una sola vez en el corpus, como *pibo, chavalao, chavalote* y *señorao*, consideradas por tanto como hápax.

En cuanto señal de la identidad grupal, desempeñan un rol crucial en la construcción y mantenimiento de la *imagen social* o *face* (Goffman, 1972) de los participantes, definida como la representación metafórica de la personalidad del hombre como miembro individual de la sociedad de la que forma parte (Haverkate, 1994, p. 18). En palabras de Hernández Flores (2004, p. 95), la imagen social "[…] no es inamovible, sino que puede perderse, mantenerse o realzarse". Está claro que los vocativos juveniles contribuyen a satisfacer y reforzar la imagen del interlocutor, puesto que mediante su uso, los hablantes subrayan la unión con su interlocutor y afirman la cohesión solidaria del grupo. En este sentido, conviene subrayar su vínculo con los conceptos de *autonomía* y *afiliación*:[7] por un lado, por referirse directamente al interlocutor, los vocativos enfocan al interlocutor como individuo, relacionándose así con el concepto de *autonomía*; por otro, como índices de la identidad grupal, los vocativos juveniles apelan a la pertenencia al *in-group* (Landone, 2009, p. 41), consolidando la cohesión solidaria y la afiliación del grupo (Jørgensen, 2013; Rishøi Hedemann, 2010).

Recurriendo a formas de tratamiento exclusivas de la variedad juvenil, como por ejemplo *chaval* (cf. *supra* Cuadro 3), los jóvenes contribuyen a la constitución de su identidad grupal, separada de los demás. Más en concreto, mediante el uso de estos vocativos, el hablante señala la pertenencia al grupo juvenil tanto de sí mismo, digno de utilizar tales formas, como de su interlocutor, digno de ser tratado de esta forma (Landone, 2009). Así, los jóvenes hablantes logran separar todos los individuos que no utilicen estos vocativos, o que los utilicen de manera menos recurrente, de los miembros del grupo juvenil (Rishøi Hedemann, 2010). Esta hipótesis se ve confirmada por el hecho de que se hayan encontrado apenas dos ocurrencias en que un vocativo juvenil va dirigido a un hablante no adolescente. En otras palabras, los jóvenes tienden a evitar el uso de vocativos juveniles en conversaciones con interlocutores no pertenecientes a su grupo adolescente, consolidando así el símbolo de su identidad grupal.

Evidentemente, también se han encontrado vocativos de uso extenso en la lengua general, como por ejemplo *hombre* ($n = 5$; 3,5%). De todos modos, los adolescentes tienden a minimizar el empleo de estas formas, sustituyéndolas por vocativos que marcan la unión entre hablante y oyente. Efectivamente, a diferencia del lenguaje juvenil, donde *hombre* alcanza una frecuencia muy reducida de 3,5% ($n = 5$), en el habla de los adultos y los mayores, este vocativo presenta una frecuencia más elevada ($n = 65$; 19,1%) (De Latte & Enghels, 2018).

7. La *autonomía* se define como "el deseo de sentirse y de ser considerado por los demás como individuo, con un perfil específico" (Landone, 2009, p. 41), mientras que la *afiliación* remite al deseo de sentirse y ser considerado como "miembro de un grupo, dotado de los atributos necesarios para pertenecerle" (*ibid.*).

Como muestran los resultados, se destaca el uso de *tío*, que se revela como el vocativo preferido de los jóvenes ($n=86$; 61,9%). El uso de *tío* puede considerarse casi obligatorio en conversaciones juveniles (Gelbes & Estrada, 2003, p. 342 *apud* Jørgensen & Martínez, 2010). El corpus también proporciona otras formas de tratamiento propias del habla adolescente, como *tronco* ($n=2$; 1,4%) y *chaval* ($n=8$; 5,8%). De todos modos, *tronco* suele considerarse una forma ya anticuada, lo que explica su baja frecuencia en el corpus:

(6) a. AM2M8: Y, he pensado en que- Esmart tibí.
AM2M10: *Tío*, yo hablaría del trabajo.
b. AM2F2: *Tronco*, ¿mi bocadillo dónde está?
c. voz_desconocida: Hoy to's claro, hoy todos queremos ser Atleti.
AM2M10: *Chaval*, me estoy quedado sin batería.

Aunque *tío* constituye la forma más recurrente, no se ha encontrado ningún ejemplo en el que se utilice en su forma plural. En cambio, a la hora de dirigirse a varios destinatarios, los jóvenes prefieren emplear la forma plural de *chaval*, a saber *chavales*, que admite otras modificaciones morfológicas, como la adición de un sufijo aumentativo *(-aos, -otes)*:

(7) a. AM2M8: Mira mira mira.
AM2M10: *Chavales*, lo he borrado sin querer. ¿Qué sigue, qué sigue?
AM2M9: Te mato.
b. AM2M10: Bueno, vale, *chavalaos*. ¿Qué más queréis hacer hoy?
AM2M8: Nada más.
c. AM2M10: Eee, *chavalotes*, guapos, bonitos, hermosos. ¿Queréis escuchar esto?
AM2M8: Sí.

Interpretamos esta tendencia a la invariabilidad morfológica de *tío* como indicio de su estado gramaticalizado, comparable con la forma *hombre*, utilizada a menudo en contextos con destinataria femenina o con varios oyentes (Cuenca & Torres Vilatarsana, 2008; Stenström, 2008; Briz, 2012). En general, si consideramos las variantes morfológicas, llama la atención el uso extremadamente reducido de formas femeninas. La baja frecuencia de vocativos femeninos ya revela tendencias interesantes en cuanto a la variación generolectal en el uso de vocativos, que van preferentemente dirigidos a oyentes masculinos (De Latte & Enghels, 2018; Stenström, 2008). Sin embargo, esta observación solo explica en parte la baja frecuencia de formas morfológicamente femeninas, puesto que se han hallado algunos (pocos) casos ($n=7$; 4,9%) en que se usan los vocativos *tío, tronco, hombre* y *cabrón* de manera invariable ante una destinataria femenina. Aunque se trata de escasos ejemplos, constituyen índices del proceso de

pragmaticalización experimentado por estas formas. Este proceso de cambio lingüístico implica un enriquecimiento pragmático, referido a la adquisición de valores semántico-pragmáticos que les permiten funcionar en el nivel discursivo, en detrimento del significado referencial original y las capacidades de variación morfosintáctica de la voz afectada.

Ahora bien, se ha afirmado repetidamente que estos vocativos, que aparecen a menudo invariables en contextos con destinataria femenina, transgreden sus características vocativas, desarrollando funciones más bien orientadas hacia el propio discurso en detrimento de su fuerza deíctica, esencial en su uso vocativo (Kleinknecht, 2013, p. 255). Basándose en esta reorientación pragmático-funcional, los recategorizan como 'marcadores del discurso' (Briz, 2012; Jørgensen, 2008; Jørgensen & Martínez, 2007; Rishøi Hedemann, 2010) o más precisamente, como 'enfocadores de la alteridad', de acuerdo con la clasificación de Martín Zorraquino y Portolés (1999).[8] De todos modos, no hay unanimidad en cuanto a la delimitación, si hay alguna, entre la categoría de los marcadores y la del vocativo. En cualquier caso, incluso en los contextos en que los vocativos nominales y adjetivales no concuerdan morfológicamente con la destinataria y/o los destinatarios, siguen enfocando al oyente (Haverkate, 1991), conservan su valor relacional (Kleinknecht, 2013), imprimen la conversación de un tono amistoso y solidario (Cuenca & Torres Vilatarsana, 2008), y cumplen funciones apelativas (cf. *infra* 3.2.), de manera que conviene tratarlos como vocativos.

Ahora bien, contrariamente a *tronco* y *chaval*, ausentes en el habla de otras generaciones y por tanto considerados como formas de tratamiento típicamente juveniles, el vocativo *tío* es de uso frecuente en el español peninsular general. Como vocativo preferido de los jóvenes a principios del Siglo 21 (Jørgensen, 2008),[9] se ha introducido en el habla general, como se ejemplifica claramente en el ejemplo (8), en el que una peluquera de unos 40 años de edad (PEL3F2) recurre repetidamente a la forma *tío*, no solo para dirigirse a un interlocutor joven (8a-b), sino también para dirigirse a clientes y compañeros adultos (8c):

(8) a. PEL3F2: Además tengo esto ahora ahí grabando, *tío*.
b. PEL3F2: Y luego alli el pescaaaado eeh, pfff joer eso es espectacular *tío*.
c. PEL3F2: Pues *tío*, te digo la verdad, yo cuando otras veces me he tocado el coño digo que sí.

La generalización del vocativo *tío* se explica probablemente por el hecho de que los adultos no hayan abandonado el uso de este vocativo que ellos mismos utilizaban cuando eran adolescentes. Aunque los jóvenes de hoy en día tienen a su

8. Boyero Rodríguez (2002) los denomina 'marcadores de tipo fático nominal vocativo', mientras Portolés (2001) los etiqueta como 'marcadores de control de contacto'.

9. Su estudio se basa en datos recopilados en el COLAm.

disposición muchas otras formas (cf. Cuadro 2 y 3), exclusivas de su variedad lingüística, como por ejemplo *chaval*, siguen haciendo uso de este residuo del habla adolescente del principio de este siglo. Es más, este vocativo sigue en pie como vocativo preferido en el habla adolescente contemporánea. El uso recurrente en conversaciones intragrupales de una forma vocativa ya consolidada en el habla general y heredada del lenguaje juvenil de la generación anterior muestra que los jóvenes no siempre buscan renovar la lengua, sino que recuperan en ocasiones formas ya generalizadas. De todos modos, aunque este vocativo no es exclusivo del habla adolescente, se nota una clara diferencia en la frecuencia de uso (0.2 por 1000 palabras en el habla general vs. 5.3 por 1000 palabras en el habla adolescente). De esta manera, no es el propio uso de *tío* sino su alta frecuencia que se puede considerar como marca lingüística de la identidad juvenil.

Es interesante señalar que a diferencia de *tío*, el vocativo *chaval*, muy de moda a principios del Siglo 21 y en competición con *tío* (Jørgensen, 2008, p. 390; Stenström, 2008, p. 211), no se ha generalizado como vocativo solidario en el registro coloquial. Así, se puede asumir que *chaval* es, en mucho mayor medida que *tío*, sociolingüísticamente marcado como señal de la identidad adolescente. Efectivamente, el carácter juvenil de este vocativo se afirma por el hecho de que alcanza una frecuencia de uso (ligeramente) más elevada en el CORMA (1,3 por 1000 palabras) que en el COLAm (1,0 por 1000 palabras), recopilado a principios del Siglo 21.

Además, como muestra el Cuadro 3, para marcar la identidad grupal, los jóvenes también usan vocativos tabú, de acuerdo con la tendencia típicamente juvenil a incorporar expresiones tabú en su discurso como marca generacional (cf. *supra* Sección 1.). Hemos encontrado formas como *gilipollas, hijo de puta* y *cabrón* que no se usan con intención ofensiva, sino que se interpretan como índices de la identidad grupal (Stenström, 2008; Zimmermann, 2002) o en palabras de Jørgensen (2013, p. 161), como 'positive politeness in-group device':

(9) a. AM2M3: Que vas todo retrasado.
AM2M4: Dice que estás retrasado. *Gilipollas.*
b. AM2M8: Eso está guapo, *cabrón.*
AM2M9: Sí pero no, al final no vi no vi cómo encajarlo, porque no tenía claro si era de la información-
c. AM2M8: Se ha pedi'o un sangüi de (())
AM2M9: *Hija de puta.*
AM2M10: Que es pa' que aprenda (()) tío. Por qué crees que lo abre?

El uso de vocativos tabú se puede considerar típicamente juvenil, puesto que el corpus no ofrece ejemplos en los que un hablante adulto recurre a una de estas formas para apelar a su interlocutor. Igualmente, como forma de tratamiento entre

jóvenes amigos, el adjetivo *tonto*, que en algunos contextos puede cargarse de un valor ofensivo, tiene valor jocoso y amistoso:

(10) AM2M3: Pero yo ando incómodo con esto desabrocha'o.
AM2M5: Jabato, te conocemos.
AM2M3: Que son botones, *tonto*.

Ahora bien, en la introducción se ha aludido al deseo de los adultos de 'rejuvenecerse' mediante la adopción de expresiones y estructuras lingüísticas procedentes del lenguaje juvenil. Como ya señalado, los jóvenes suelen reaccionar contra este tipo de imitaciones para salvaguardar su identidad y afirmar su carácter de grupo. Según Briz (2003), este mecanismo de acción-reacción-acción contribuye al estado permanente de cambio al que está sometida el habla de los jóvenes. En el caso de los vocativos, este mecanismo de acción-reacción-acción debería resultar en la emergencia de nuevas formas apelativas. De todos modos, en el campo de los vocativos, no hemos encontrado prueba de esta tendencia a la imitación, puesto que ningún vocativo frecuentemente utilizado por los jóvenes se está incorporando en el habla general, excepto *tío*, pero como es heredado de una fase anterior del lenguaje, no se puede analizar como indicio del deseo de 'rejuvenicimiento lingüístico' de los adultos.

Respecto a los demás tipos de vocativos empleados por los adolescentes madrileños, observamos que recurren a menudo al uso explícito del pronombre personal de segunda persona *tú* ($n = 39$; 18,4%) (11a–c):

(11) a. AM2M4: Oye, esas cervezas ahí al sol (())
AM2F1: Ya *tú* mételas en la nevera (()) Pero que no quedan más hielos, tío.
b. AM2M8: O sea, el Atleti Ma- el Atleti Barça.Y no lo quieren ver (()) Que ese es unn partidazo, *tú*.
c. AM2F1: Cualquiera sabe pintar.
AM2M5: Peroo- el movimiento (())
AM2F1: Ee, que no hace falta aprender *tú*. Yo no lo había tocado en mi vida y me salió bien.

En relación con el uso de estos vocativos pronominales, los adolescentes se distancian claramente de las demás generaciones, que parecen evitar el empleo explícito del pronombre como forma de tratamiento. Sobre todo en el lenguaje de los adultos, los pronombres alcanzan una frecuencia de uso muy reducida ($n = 12$; 5,02%) (De Latte & Enghels, 2018). De esta manera, los adolescentes no solo se alejan del lenguaje estándar mediante la creación de sus propios términos vocativos (*chaval, tronco* etc.), sino también por medio del uso del pronombre personal *tú* en función vocativa.

Para concluir este repaso formal, es interesante señalar que los títulos (*señor* y sus variantes morfológicas *señorito/señorao* cf. Cuadro 2), expresiones de respeto y deferencia en contextos formales, se emplean en el corpus juvenil con un fin lúdico. Dada la relación de proximidad e igualdad entre los participantes, adquieren un valor amistoso en contextos coloquiales:

(12) a. AM2M10: Me gusta cómo piensa usté', *señor*.
AM2M9: A mí no me dices esas cosas.
AM2M10: No me gusta tanto cómo piensa usté, *señor*.
b. AM2M9: Te doy una hostia que te mato.
AM2M10: Ese tonito eh, *señorito*.
AM2M8: El señorao. Ese tonito *señorao*.

3.2 Variación funcional

Aunque los vocativos se definen como una categoría de elementos lingüísticos que sirven, principalmente, para identificar al oyente al que va dirigido el mensaje y para establecer el contacto con él, no restringen su potencial pragmático-discursivo a esta función de apelación prototípica. Constituyen una categoría polifuncional. De Latte & Enghels (2018) distinguen tres macro-funciones para los vocativos en general: (1) la función fática o de 'llamada de atención', (2) las funciones de atenuación e intensificación relacionadas con la expresión de cortesía, y (3) la función expresivo-enfática.[10] Como muestra el Cuadro 4, los vocativos analizados en el corpus juvenil no constituyen una excepción a la polifuncionalidad propia del vocativo, aunque se destacan algunas tendencias llamativas:

Cuadro 4. Las funciones ejercidas por los vocativos analizados

Función	**#**	**%**
fática	168	80
atenuación cortés	13	6.2
intensificación cortés	7	3.3
expresivo-enfática	22	10.5
Total	**210**	**100**

10. Resulta necesario apoyar el análisis funcional en criterios lingüísticos que determinan de manera objetiva la función ejercida por los vocativos. Así, la posición del vocativo en el turno de habla, el valor ilocutivo del enunciado al que acompaña el vocativo, al igual que el contexto lingüístico precedente y siguiente a la expresión vocativa guiarán el análisis por aportar información esencial en cuanto al desarrollo de la conversación.

Pese a que las tres macro-funciones vocativas están representadas en el corpus, salta a la vista la frecuencia notable de la función fática ($n = 168$; 80%). Estos resultados muestran que los jóvenes tienden a seleccionar una determinada macrofunción vocativa cuando comunican entre sí, confirmando así la observación de Jørgensen (2008, p. 390) acerca del uso particular de un fenómeno relacionado en el lenguaje adolescente, a saber los marcadores del discurso: "no hacen uso de todo el espectro de las funciones de los marcadores discursivos del lenguaje estándar, sino que usan (abusan de) pocas y determinadas funciones". En lo que sigue, analizaremos en detalle el uso pragmático de los vocativos por parte de los jóvenes a partir de ejemplos concretos, definiendo y ejemplificando cada función pragmática distinguida, con atención particular por la función fática.

3.2.1 *La función fática*

La función fática, relacionada con la acción de abrir, controlar o cerrar el canal de comunicación, engloba varias subfunciones según la posición ocupada por el vocativo en el turno de habla (Leech, 1999, pp. 114–117). En posición inicial, atrae la atención e identifica al oyente al que se dirige el mensaje. En posición media, el vocativo sirve para controlar el canal comunicativo y comprobar la atención del interlocutor antes de añadir nueva información. Finalmente, en posición final, el vocativo fático indica el cierre del canal comunicativo, invitando al oyente a tomar la palabra. El fragmento (13) contiene varios vocativos fáticos que cumplen cada uno una finalidad discursiva específica según la posición en la que aparecen:

(13) AM2M3: *Tú*, que eso tiene que costar una pasta, ¿no? (()) salir corriendo.
AM2M4: *Tío* no lo van a usar, *tío*, hazme caso. No van a usarlo, *palomo*.
AM2M3: A lo mejor hablamos de algo importante.

Aunque los vocativos iniciales sirven principalmente como llamada de atención (*tú*), el vocativo inicial *tío* muestra que los hablantes también los invocan para asumir un nuevo turno de palabra, asegurándose así de la toma de palabra. En medio y al final del turno de habla, la identificación y la atención del destinatario suelen estar ya establecidas (Cuenca, 2004). Por ende, los vocativos medios y finales, como la segunda ocurrencia de *tío* y la forma *palomo*, no se emplean como recurso de llamada de atención sino que sirven para mantener y comprobar el contacto interpersonal, implicando activamente al interlocutor (Briz, 2001). Es más, los vocativos finales cumplen una finalidad meramente social: tienden a reforzar el contacto con el interlocutor al final del turno, constituyendo así el recurso por excelencia para solicitarle una reacción al oyente (Stenström, 2008). Así, en (13) la forma *palomo* marca el cierre del turno de habla e invita al interlocutor a una reacción.

La alta frecuencia de uso de los vocativos fáticos en el lenguaje juvenil se vincula claramente con el estilo comunicativo de los jóvenes, descrito generalmente como 'muy coloquial' (Jørgensen, 2008, p. 17). Más precisamente, el lenguaje producido por los jóvenes puede definirse como un tipo de *habla de contacto* ('small talk'), que cumple la mera función social de crear y mantener contacto a través de una conversación fácil (Stenström, 2008, p. 209). Dado este propósito esencialmente social, Leech (1983, p. 141) propone añadir otra máxima subyacente a la comunicación entre jóvenes, la denominada 'Máxima Fática', que consiste en 'evitar el silencio' o 'seguir hablando'. Dicho de otro modo, para los adolescentes, la actividad de hablar con el mero fin de mantener la comunión está inseparablemente relacionada con la cortesía. Por consiguiente, la ruptura de esta máxima adicional propuesta por Leech (1983) se considera un acto descortés por parte de los jóvenes hablantes (Stenström & Jørgensen, 2008). En este sentido, es interesante la observación de Herrero (2002, pp. 68–69), quien afirma que "las manifestaciones lingüísticas de los jóvenes [...] sirven, sobre todo, para reforzar el contacto social y las relaciones interpersonales existentes". Efectivamente, su afán de mantener y reforzar el contacto social explica por qué los jóvenes prefieren recurrir a vocativos típicamente juveniles como *tronco* y *chaval*, símbolos de la identidad común de grupo y apoyos a las relaciones interpersonales.

Además, la rapidez con la que se suceden los cambios de participante y la alta participación en las conversaciones juveniles resultan en repetidos solapamientos que, aunque se consideran poco problemáticos, fomentan el uso de mecanismos que garantizan la toma de la palabra y controlan el contacto con el oyente. Entre los mecanismos fáticos frecuentemente invocados se destacan evidentemente los vocativos, al lado de marcadores discursivos como *oye*, *mira* y *eh* (Jørgensen, 2008; Jørgensen & Martínez, 2007):

(14) AM2F2: *Mira*, es que o sea huyo del hospital en un minuto, te lo juro. No me vuelvo a meter ahí ni de coña.
AM2F3: A mí no me hagas eso, ¿vale?
AM2F2: *Tío*, *tú* imagínate que estás ahí, *tío*, y de repente te hace el muerto así o te agarra y algo así.
AM2F3: *Tú* pues le pego una hostia al muerto que lo (())

Ahora bien, a estas características propias de la comunicación entre los adolescentes debe añadirse, según Jørgensen (2008, pp. 387–388), el carácter inseguro de los adolescentes: "la general inseguridad que caracteriza a la etapa entre la niñez y la madurez, lleva a los jóvenes a tomar la palabra, en ocasiones, sin saber qué decir". Así, no es de extrañar que los jóvenes necesitan recurrir a procedimientos (fáticos) que les permitan retener, recuperar o asumir el turno de habla (Briz, 2001, p. 166). Es más, en su análisis del vocativo típicamente juvenil *chaval*, Rishøi

Hedemann (2010, p. 35) apunta que la constante negociación de las imágenes y las relaciones sociales durante una interacción puede proceder de esta general inseguridad aludida por Jørgensen (2008). Como ya hemos señalado antes, los vocativos desempeñan un papel primordial en la construcción de la imagen social de los participantes, y determinan por tanto en gran medida el carácter (des)cortés de la conversación. En la siguiente parte estudiaremos el uso de los vocativos adolescentes como estrategia de cortesía verbal.

3.2.2 *Las funciones de cortesía verbal*

Como señalado en la Sección 3.1., los vocativos, y especialmente los que marcan la pertenencia al grupo adolescente como *tronco* y *chaval*, constituyen una herramienta útil en el reajuste constante del equilibrio social entre los participantes en un intercambio lingüístico, y pueden invocarse por tanto como estrategia de cortesía verbal. Diferenciamos a partir de la teoría de Brown y Levinson (1987) la 'cortesía positiva' y la 'cortesía negativa': la primera incluye las estrategias que realzan la imagen social del interlocutor, mientras que la segunda se compone de todos los recursos que buscan disminuir las posibles amenazas a la imagen del oyente. Varios autores han confirmado que en conversaciones cotidianas, los hispanohablantes recurren muy frecuentemente a una expresión vocativa para encarrilar la interacción social en la buena dirección (Bañón, 1993; Cuenca, 2004; Haverkate, 1994; Helincks, 2015; Kleinknecht, 2013).

Entre las investigaciones que enfocan la relación entre el vocativo y la cortesía, se destaca el estudio realizado por Edeso Natalías (2005, p. 128), quien distingue dos funciones de cortesía del vocativo, partiendo de la distinción de Kerbrat-Orecchioni (2004) entre FFAs (*Face Flattering Acts*) y FTAs (*Face Threatening Acts*).[11] Según la autora, los vocativos que acompañan a un FFA tienden a intensificar el carácter cortés de este tipo de actos de habla, y transmiten por tanto cortesía positiva. En cambio, cuando acompañan a un FTA, los vocativos funcionan como mecanismo de atenuación y expresión de cortesía negativa. Los datos revelan que los adolescentes recurren con mayor frecuencia a un vocativo como procedimiento de atenuación, para minimizar la amenaza inherente a los FTAs ($n = 13$; 65%), mientras que son escasos los vocativos utilizados como refuerzos

11. Los primeros, en español 'actos agradadores de imagen', contribuyen a la imagen social (face) del interlocutor y transmiten por tanto cortesía positiva, como por ejemplo saludos, agradecimientos y disculpas. En cambio, los FTAs, en español 'actos amenazadores de imagen', suponen una posible amenaza a la imagen del oyente, ya que implican una agresión a su derecho de actuar de manera autónoma. Entre los FTAs se destacan los actos exhortativos, los reproches y las críticas.

corteses ($n = 7$; 35%). Los vocativos presentes en los siguientes ejemplos (15a–b) se invocan claramente con el fin de 'salvar' la imagen del interlocutor:

(15) a. AM2M7: ¿Quién es el mejor portero del mundo? La mujer, porque es la única capaz de parar dos bolas a la vez.
AM2M3: Chistes machistas no, *tío*, chistes machistas no.
b. AM2F3: Bueno, depende de qué [baños a ver es que] hay baños y baños, ¿vale?
AM2F1: *Tú* ve ahí *tía*.
AM2F2: *Tío*, ¿esos no son baños a todo esto?
AM2M3: Pues mira.

En el ejemplo (15a), la forma *tío* se sitúa en el medio de una reprimenda reiterada: el hablante desaprueba el chiste del interlocutor. Como este tipo de actos de habla, denominados 'vejatorios' por Kerbrat-Orecchioni (2004), puede dañar gravemente a la imagen positiva del oyente, el vocativo puede funcionar como estrategia compensatoria. En el ejemplo (15b), el vocativo atenúa el acto exhorativo al que acompaña, expresado mediante el imperativo *ve*. Fíjense en la presencia del vocativo inicial *tú*, que sirve claramente para atraer la atención del oyente con el fin de influir en su comportamiento, cumpliendo una función fático-apelativa. De todos modos, el hablante invoca el vocativo *tía* para neutralizar los efectos hirientes que puede provocar este acto directivo, o en palabras de Haverkate (2002, p. 20), "la presencia del vocativo determina qué tipo de fuerza directiva se expresa mediante el imperativo". La segunda ocurrencia de *tío* en (15b) se utiliza claramente como estrategia de toma de palabra (cf. *supra* Sección 3.2.1.).

En el ejemplo (16), tres compañeros de clase están realizando una tarea juntos y discuten sobre la formulación de las conclusiones de su trabajo. Como observamos, buscan suavizar su desacuerdo con la propuesta de su compañero mediante el uso de los vocativos *cabrón* y *tío*. Fíjense en la presencia de la expresión tabú *cabrón*, cuyo valor injurioso se ha convertido claramente en señal de amistad, por lo que se puede emplear como estrategia de cortesía negativa:

(16) AM2M10: <Enfocada a dar respuesta a la dubitativa que se planteó>.
AM2M9: <A la dubitativa?> A la duda, *cabrón*.
AM2M8: A la duda, a la-
AM2M9: Inicial, a la cuestión inicial.
AM2M8: A la pregunta, *tío*, a la pregunta, lenguaje llano también es bonito, *tío*.

En la misma línea de ideas, es interesante citar el ejemplo (17), en el que el vocativo *chaval* se suma a la interjección *hala*, utilizada como reacción a un suceso poco agradable:

(17) AM2F1: Hala, *chaval*.
AM2M4: Qué asquete.
AM2F2: ¿Qué ha pasa'o?
AM2M4: Se le ha caga'o un pájaro.

La reacción súbita ante lo sucedido la expresa la interjección *hala*, mientras que el vocativo *chaval* funciona como mecanismo atenuador con el que el hablante intenta evitar que su reacción afecte negativamente a la imagen del oyente. Se observa la distinción funcional entre las dos expresiones: la interjección se restringe a la exteriorización de los sentimientos del hablante, a diferencia de la forma vocativa *chaval*, que funciona en el nivel interpersonal, focalizando al oyente (Bañón, 1993; Haverkate, 1991). Merecen un estudio detallado las yuxtaposiciones de una interjección y una expresión vocativa (cf. también el ejemplo 22), muy frecuentes en el habla coloquial.

Ahora bien, pese a que los vocativos se usan más frecuentemente como 'salvaguarda' de la imagen del interlocutor contra la amenaza subyacente a ciertos tipos de actos de habla, no es inexistente su uso como estrategia de cortesía positiva en el habla adolescente, como se observa en los siguientes ejemplos (19a–b):

(18) a. AM2M8: ¿Qué tal, *tío*?
conM1: ¿Qué tal?
b. AM2M10: Te gusta, *chico*?
AM2M9: Eres bueno, *tío*.

Mientras el vocativo *chico* (18b) se usa como recurso fático mediante el cual el hablante le solicita una reacción al interlocutor, las dos ocurrencias de *tío* presentes en estos ejemplos refuerzan el carácter cortés del saludo (18a) y del cumplido (18b) al que acompañan, incluidos en la categoría de los actos agradadores de imagen. Como intensifican un acto de habla que realza la imagen positiva del oyente, consideramos que transmiten cortesía positiva. Como muestras de solidaridad y afecto, las formas vocativas típicamente juveniles constituyen evidentemente las formas más propicias a la función de intensificación cortés, puesto que su uso implica automáticamente la expresión de cortesía positiva: satisfacen, gracias a su valor afectivo y solidario, la imagen positiva del oyente, independientemente del tipo de enunciado al que acompañan (Haverkate, 1994).

Además, según Rishøi Hedemann (2010), la inseguridad adolescente (cf. *supra* Sección 3.2.1.) no solo explica la alta frecuencia de vocativos fáticos, como apunta Jørgensen (2008), sino que también se refleja en la reiterada presencia de una forma vocativa al final de un enunciado que expresa la opinión del hablante acerca de algún hecho lingüístico o extralingüístico. Así, en (19a–b), el hablante añade un vocativo al final de su intervención, no solo para poner de relieve el

mensaje precedente (cf. *infra* Sección 3.2.3.), sino también para buscar el acuerdo del interlocutor:

(19) a. AM2F1: Le puedes meter una (()), ¿sabes?
AM2M5: Y tengo otro.
AM2F1: Todos están guapos, *tío*.
b. AM2F1: Es un chaval mazo majo, *tío*, y se conoce-
AM2M5: (()) le veo de siempre la firma así en todos la'os (()) sí, sí, sí.
AM2F1: Tiene muchísimas, es un esquizofrénico, ¿sabes? […] Que es un esquizofrénico pintando, tú, no diagnosticado, osea. Es mazo majo, *tío*.

Observamos que la forma nominal *tío* al final de los enunciados *Todos están guapos* y *Es mazo majo*, que comunican claramente opiniones personales, marca cierta búsqueda de afirmación o consenso. Se puede postular que mediante estas formas vocativas, expresión de solidaridad y marca de la identidad grupal juvenil, el hablante enfoca los valores compartidos con el interlocutor, invitándole a dar su propia opinión, que corresponde preferiblemente con la del hablante (Rishøi Hedemann, 2010). De este modo, presentando su opinión como 'negociable', el hablante se arma contra un posible desacuerdo que afectaría de manera negativa su autoimagen. Desde este punto de vista, es significativa la afirmación de Landone (2009, p. 19), quien apunta que "las estrategias de cortesía parten de una necesidad egocéntrica para la apreciación de 'quedar bien'". Además, dado su interés por la opinión del otro, el hablante muestra una actitud cortés hacia el oyente. Así, el vocativo cumple una doble función cortés: no solo sirve como estrategia de salvaguarda de la imagen del hablante, sino que también beneficia la imagen del interlocutor.

3.2.3 *La función expresivo-enfática*

Según Kleinknecht (2013), el vocativo constituye una herramienta útil para resaltar lo dicho (20a) o el valor ilocutivo del enunciado (20b), relegando la función fática de llamada o control de atención al segundo plano:

(20) a. AM2M10: Incertidumbre no lleva hache, *tú*.
b. AM2M5: En plan, sigue soriendo, sé fuerte.
AM2F1: Claro, o cosas así o cosas positivaas ooo-.
AM2M5: Claro, claro, que cuando lo vea alguien-.
AM2F1: Claro, *tío*.

En el ejemplo (20a), el pronombre personal *tú* pone de relieve el mensaje anterior, presentando la información transmitida como algo que el interlocutor debería saber. Según Cuenca (2004, p. 50), en catalán, el uso del pronombre *tu* en función vocativo sirve principalmente para destacar o enfatizar lo dicho. Este uso enfático

del pronombre también se observa en nuestro corpus castellano: los jóvenes suelen utilizar el pronombre de tratamiento *tú* como señal de cierre del canal comunicativo, que contribuye igualmente a la delimitación del enunciado y al puesto de relieve del mensaje precedente. En cambio, el vocativo *tío* (20b) no hace hincapié en el mensaje vehiculado sino que recalca el valor pragmático transmitido por el marcador *claro*, que señala la evidencialidad de lo que dice el oyente (Jørgensen & Martínez, 2007). En general, cuando se yuxtapone a un marcador, una interjección u otra partícula pragmática, el vocativo tiende a teñirse del valor expresado por el elemento con que se combina. No obstante, a diferencia de la partícula pragmática, el vocativo enfoca siempre al interlocutor, implicándole activamente en el discurso, mientras que el otro componente de estas cadenas tiende a vincularse con el propio discurso (Rishøi Hedemann, 2010):

(21) a. AM2M8: Uf *tío*. Qué buena está esta tía.
b. AM2M8: (()) ahora me voy al campo a ver qué pasa.
conM1: Vas a verlo ahí?
AM2M8: Claro.
conM1: Hostia *chaval*. Te vas a gozar *tío*.

Como ilustran los ejemplos (21a–b), la presencia del vocativo no disminuye ni altera el valor semántico-pragmático del elemento al que acompaña sino que lo refuerza, añadiendo así cierta carga expresiva al enunciado (Rishøi Hedemann, 2010). Además, basta mirar los ejemplos analizados para apreciar que las declaraciones de los jóvenes tienden a ser bastante 'fuertes'. Para que esta expresividad, reforzada por el frecuente uso de palabras malsonantes, como *joder* en (22), no afecte de manera negativa a las relaciones sociales, los jóvenes tienden a invocar formas que enfocan los valores compartidos entre hablante y oyente. Así por ejemplo, la forma *tío*, marca de la identidad grupal, se combina con el nombre propio en función vocativa para evitar que el uso de la palabra tabú *joder* altere la dinámica social y funciona por tanto como estrategia de atenuación cortés (cf. *supra* Sección 3.2.2.):

(22) AM2M3: Por cambiar el rumbo que marcó.
AM2F2: Joder, Jabato, *tío*, te estás cargando la canción. Que ya de por sí no es muy buena.

Finalmente, los vocativos se prestan asimismo a un uso exclamativo. En estos contextos, cumplen una función expresiva, que consiste en expresar los sentimientos y las emociones del hablante como reacción ante lo dicho o hecho por parte del interlocutor (Bañón, 1993):

(23) a. AM2M4: Vamos a meternos ahora que no mira la belga unos tiritos de coca.
AM2F2: *JABATO.*
b. AM2M3: Dos semanas (())
AM2F2: *¡Leidi Mariiiii!*

Como los vocativos son susceptibles de transmitir un abanico de sentimientos, resulta necesario recurrir al contexto para determinar el valor expresado en cada caso específico. También los rasgos prosódicos, como la entonación y los alargamientos vocálicos, guían la interpretación de los vocativos exclamativos. En (23a), el vocativo *Jabato* expresa claramente una reacción de recriminación a lo que dice el interlocutor, mientras el vocativo *Leidi Mari* en (23b) expresa un valor de sorpresa y alegría. Conviene señalar que esta es la función más alejada de su función principal de llamada de atención, puesto que está enfocada en la exteriorización de las emociones del hablante ante lo dicho o un hecho extralingüístico y menos en el control del contacto y las relaciones interpersonales.

Conviene señalar que en su uso exclamativo, los vocativos se acercan del punto de vista formal y funcional a la categoría de las interjecciones, las cuales constituyen las construcciones exclamativas por excelencia. Sin embargo, los vocativos expresivos se diferencian claramente de la exclamación pura por sus rasgos deíctico-personales, mientras que las construcciones exclamativas puras no exigen la presencia de un interlocutor (Moralejo, 1986 *apud* Bañón, 1993). A modo de ilustración, el uso de la interjección *ay* en el ejemplo (24) no supone la referencia directa al interlocutor:

(24) descF2: ***Ay***, qué guapoo.

En cambio, todos los vocativos expresivos presentes en los ejemplos (23a–b) implican la presencia de un oyente al que se dirige el hablante, enfocando la alteridad. Pueden interpretarse por tanto como índices de la conciencia de la presencia social. Incluso se puede afirmar que actúan como la socialización del sentimiento expresado, a diferencia de las exclamaciones puras, que no presentan este rasgo social (Rishøi Hedemann, 2010).

4. Conclusiones

En este análisis, se ha estudiado el uso de las expresiones vocativas en el lenguaje juvenil de Madrid, que constituye una variante sociolingüística particularmente interesante para la investigación del vocativo, tanto en el plano formal como funcional. Con base en datos auténticos obtenidos en el CORMA, se ha investigado con más rigor a qué formas vocativas recurren los jóvenes madrileños actualmente

para dirigirse a su interlocutor y qué finalidad pragmática cumplen estas formas en el discurso.

En primer lugar, los vocativos encontrados en el habla adolescente se acomodan a la variedad formal propia del vocativo en español. Así, el corpus ofrece ocurrencias de nombres propios, nombres comunes, títulos y el pronombre personal *tú* en función vocativa. De todos modos, se han revelado como particularmente productivas las formas de tratamiento nominales y adjetivales, simbólicas de la identidad grupal. Efectivamente, en su afán de distanciarse de la cultura general y de constituir una identidad común de grupo, los jóvenes, amantes del cambio y experimentadores con la lengua, crean sus propias formas de tratamiento. Así, mediante el empleo de tales formas, los jóvenes logran descartar a todos los individuos que no utilicen estas formas, o que las utilicen con menor frecuencia, de su grupo juvenil. Además, se ha puesto en evidencia que estas señales de solidaridad de grupo desempeñan un papel decisivo en la construcción de la imagen social de los participantes, constituyendo por tanto un apoyo primordial a las buenas relaciones. Entre los vocativos hallados en el corpus, se destaca la forma heredada de otras generaciones *tío*, forma de tratamiento preferida de los jóvenes madrileños. Consolidada como vocativo solidario en el registro informal general, ya no se puede considerar como un vocativo exclusivo del lenguaje juvenil. De todos modos, los jóvenes lo utilizan con mayor frecuencia, de manera que no el uso mismo sino la frecuencia de uso se analiza como marca del habla juvenil. También se han encontrado vocativos típicamente juveniles como *tronco, chaval,* y formas innovadoras como *pibo* y *palomo*. Además, también es significativo el tratamiento entre los jóvenes mediante vocativos tabú, como *gilipollas*, *cabrón* o *hijo de puta*, que no se interpretan como formas ofensivas sino que son consideradas como muestras de afecto, solidaridad y amistad.

Luego, en el nivel funcional, los datos han mostrado que los adolescentes tienden a seleccionar una determinada función vocativa, a saber, la función fática. Los vocativos analizados se prestan a varios usos pragmático-discursivos, de acuerdo con la polifuncionalidad propia del vocativo. Así, hemos constatado que los jóvenes utilizan los vocativos como recurso fático, como estrategia de intensificación y atenuación cortés, y como aporte enfático. El uso abundante de los vocativos fáticos ha sido relacionado, por un lado, con el estilo comunicativo de los jóvenes, caracterizado por repetidos solapamientos, reforzados por la alta participación y la rápida sucesión de los turnos de habla y, por otro, con la general inseguridad que caracteriza la etapa de la adolescencia (Jørgensen, 2008). Estos rasgos ponen en evidencia la necesidad que sienten los jóvenes de recurrir a procedimientos fáticos, entre los cuales se revelan particularmente útiles los vocativos que, como marca explícita del interlocutor por defecto, les permiten controlar el contacto con el interlocutor retener o recuperar el turno de habla, y consolidar la cohesión

solidaria de grupo. Este último valor se refleja sobre todo en el uso de vocativos marcadores de la identidad juvenil, como *tronco* y *chaval*, que apelan a la pertenencia al grupo juvenil, tanto del hablante como del destinatario, y constituyen por tanto una herramienta imprescindible en la construcción de la imagen social de los participantes. Así, no es de extrañar que los vocativos se invoquen a menudo como estrategia de cortesía, sobre todo como recurso de atenuación, utilizado para suavizar posibles aristas que surjan durante una conversación y que supongan una amenaza a las buenas relaciones.

Con el fin de precisar el alcance de estos datos y ubicarlos en un marco más amplio, podría resultar interesante en un proyecto futuro someter a una prueba de actitudes lingüísticas un grupo de adolescentes.

Referencias bibliográficas

Alonso-Cortés, Á. (1999): Las construcciones exclamativas. La interjección y las expresiones vocativas, in: Bosque, I. & V. Demonte (eds.): *Gramática descriptiva de la lengua española*. Espasa-Calpe, Madrid, vol. 3, pp. 3993–4050.

Azofra, M. E. & R. Enghels. (2017): El proceso de gramaticalización del marcador epistémico deverbal *sabes*. *Iberoromania*, 85, pp. 1–25.

Bañón, A. M. (1993): *El vocativo: propuestas para su análisis lingüístico*. Octeadro, Barcelona.

Blas Arroyo, J. L. (2005): *Sociolingüística del español*. Cátedra, Madrid.

Boyero Rodríguez, M. J. (2002): *Los marcadores conversacionales que intervienen en el desarrollo del diálogo*. Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca.

Briz, A. (2001): *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmagramática*. Ariel, Barcelona.

Briz, A. (2003): La interacción entre jóvenes. Español coloquial, argot y lenguaje juvenil. *Lexicografía y Lexicología en Europa y América*. Gredos, Madrid, pp. 141–154.

Briz, A. (2012): La definición de las partículas discursivas *hombre* y *mujer*. *Anuario de lingüística hispánica*, 28, pp. 27–55.

Brown, P. & S. C. Levinson. (1987): *Politeness. Some Universals in Language Usage*. Cambridge University Press, Cambridge. https://doi.org/10.1017/CBO9780511813085

Corpus del Español del Siglo XXI: http://www.rae.es/recursos/banco-de-datos/corpes-xxi [consulta 03/2017].

Cuenca, M. J. (2004): El receptor en el text: el vocatiu. *Estudis romànics*, pp. 39–64.

Cuenca, M. J. & M. Torres Vilatarsana. (2008): Usos de *hombre/home* y *mujer/dona* como marcadores del discurso en la conversación coloquial. *Verba*, 35, pp. 235–256.

De Latte, F. & R. Enghels. (2018): La variación (socio)lingüística del vocativo en el español madrileño actual, in: Chauveau, J-P. & H. Goebl (coords.): *Travaux de Linguistique Romane – Sociolinguistique, dialectologie, variation*. ÉliPhi, Strasbourg, pp. 233–248.

Díaz-Campos, M. & G. Newall. (2014): *Introducción a la Sociolingüística hispánica*. Wiley-Blackwell, West Sussex.

Diewald, G. (2011): Pragmaticalization (defined) as grammaticalization of discourse functions. *Linguistics*, 49, pp. 365–390. https://doi.org/10.1515/ling.2011.011

Edeso Natalías, V. (2005): Usos discursivos del vocativo en español. *Español actual: Revista de español vivo*, 84, pp. 123–142.
Enghels, R., De Latte, F., Roels, L. & S. Tanghe. *Corpus Oral de Madrid – 2016*. Versión digital en preparación.
Enghels, R. & L. Roels. (2017): *Mazo (de)* y otros recursos de intensificación en el lenguaje juvenil madrileño: factores lingüísticos y sociales. *Moderna Sprak*, 111, 2.
Garachana, M. (1999): Los procesos de gramaticalización. *Moenia: Revista Lucense de Lingüística & Literatura*, 5, pp. 155–172.
Goffman, E. (1972): *Interaction ritual: essays on face-to-face behaviour*. Penguin, Harmondsworth.
Haverkate, H. (1991): *Exploraciones semánticas y pragmáticas del español*. Rodopi, Amsterdam.
Haverkate, H. (1994): *La cortesía verbal. Estudio pragmalingüístico*. Gredos, Madrid.
Haverkate, H. (2002): *The Syntax, Semantics and Pragmatics of Spanish Mood*. John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia. https://doi.org/10.1075/pbns.96
Herrero, G. (2002): Aspectos sintácticos del lenguaje juvenil, in: Rodríguez, F. (coord.): *El lenguaje de los jóvenes*. Ariel, Barcelona, pp. 67–96.
Helincks, K. (2015): La forma de tratamiento nominal *huevón* en Chile: análisis empírico de conversaciones cotidianas informales. *Onomázein*, 32, pp. 132–151. https://doi.org/10.7764/onomazein.32.7
Helincks, K. (2016): *Variation and discursive shifting of address forms in Chilean Spanish: formal, socio-situational, and pragmatic analysis of spontaneous conversations*. Faculty of Arts and Philosophy, Ghent.
Hernández Flores, N. (2004): La cortesía como búsqueda del equilibrio de la imagen social, in: Bravo, D. & A. Briz (eds.): *Pragmática sociocultural: estudios sobre el discurso de cortesía en español*. Ariel, Barcelona, pp. 95–108.
Heine, B. (2013): On discourse markers: Grammaticalization, pragmaticalization, or something else?. *Linguistics*, 51, pp. 1202–1247. https://doi.org/10.1515/ling-2013-0048
Jørgensen, A.M. (2008): *Tío* y *tía* como marcadores en el lenguaje juvenil de Madrid, in: Olza Moreno, I., Casado Valverde, M. & R. González Ruiz (eds.): *Actas del XXXVII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística (SEL)*. Universidad de Navarra, Pamplona, pp. 387–396.
Jørgensen, A.M. (2013): Spanish teenage language and the COLAm corpus. *Bergen Language and Linguistics Studies*, 3, 1, pp. 151–166. https://doi.org/10.15845/bells.v3i1.368
Jørgensen, A.M. & J.A. Martínez. (2007): Los marcadores del discurso del lenguaje juvenil de Madrid. *Revista Virtual de Estudos da Linguagem*. Publicación electrónica en: http://www.revel.inf.br/
Jørgensen, A.M. & J.A. Martínez. (2009): *Tronco/a* usado como marcador discursivo en el lenguaje juvenil de Madrid. Acta Universitatis Stockholmiensis.
Jørgensen, A.M. & J.A. Martínez. (2010): Vocatives and phatic communion in Spanish teenage talk. Cambridge Scholars Publishing.
Kerbrat-Orecchioni, C. (2004): ¿Es universal la cortesía?, in: Bravo, D. & A. Briz (eds.): *Pragmática sociocultural: estudios sobre el discurso de cortesía en español*. Ariel, Barcelona, pp. 39–53.
Kleinknecht, F. (2013): Mexican *güey* – from vocative to discourse marker: a case of grammaticalization?, in: Sonnenhauser, B. & P.N. Aziz Hanna (eds.): *Vocative! Addressing between system and performance*. De Gruyter Mouton, Berlin, pp. 235–268. https://doi.org/10.1515/9783110304176.235

Landone, E. (2009): *Los marcadores del discurso y la cortesía verbal en español*. Peter Lang, Bern.
Leech, G. (1983): *Principles of pragmatics*. Longman, London.
Leech, G. (1999): The distribution and function of vocatives in American and British English conversation, in: Hasselgård, H. & S. Oksefjell (eds.): *Out of corpora: studies in honour of Stig Johansson*. Rodopi, Amsterdam, pp. 107–118.
Martín Zorraquino, M.A. & J. Portolés Lázaro. (1999): Los marcadores del discurso, in: Bosque, I. & V. Demonte (eds.): *Gramática descriptiva de la lengua española*. Espasa-Calpe, Madrid, vol. 3, pp. 4051–4214.
Portolés Lázaro, J. (2001): *Marcadores del discurso*. Ariel, Barcelona.
Rishøi Hedemann, Ø. (2010): Las funciones conversacionales de *chaval* como marcador del discurso en el lenguaje juvenil madrileño. *Dialogía: revista de lingüística, literatura y cultura*, 5, pp. 24–63.
Rodríguez, F. (2002): *El lenguaje de los jóvenes*. Ariel, Barcelona.
Sonnenhauser, B. & P.N. Aziz Hanna. (2013): *Vocative!: addressing between system and performance*. De Gruyter Mouton, Berlin. https://doi.org/10.1515/9783110304176
Stenström, A.-B. (2008): Algunos rasgos característicos del habla de contacto en el lenguaje de adolescentes en Madrid. *Oralia*, 11, pp. 207–226.
Stenström, A.-B. (2014): *Teenage Talk: From general characteristics to the use of pragmatic markers in a contrastive perspective*. Palgrave: Macmillan. https://doi.org/10.1057/9781137430380
Stenström, A.-B. & A.M. Jørgensen. (2008): La función fática de los apelativos en la conversación juvenil de Madrid y Londres. *Actas del III Congreso EDICE*, Universidad de Valencia, Valencia, pp. 1–14.
Zimmermann, K. (2002): La variedad juvenil y la interacción verbal entre jóvenes, in: Rodríguez, F. (ed.): *El lenguaje de los jóvenes*. Ariel, Barcelona, pp. 17–26.

Dirección para la correspondencia

Renata Enghels
Faculty of Arts
Ghent University
Blandijnberg 2
9000 Ghent
Belgium
renata.enghels@ugent.be
https://orcid.org/0000-0002-7785-0009

Información de coautores

Fien De Latte
Faculty of Arts
Ghent University
fien.delatte@ugent.be

Publication history

Date received: 5 June 2018
Date accepted: 6 May 2019
Published online: 11 September 2019